

En otro tiempo pereció delante de San Juan de Acre la flor de la caballería á las órdenes de Felipe Augusto. Mi compatriota Guillermo el Breton canta así en versos latinos del siglo XII: «Apenas se encontraba un sitio en todo el reino en que no hubiese alguna persona que tuviese motivos para llorar; tan grande fue el desastre que precipitó en la tumba á nuestros héroes cuando fueron heridos de muerte en la ciudad de Ascaron.» (Ascalon, ciudad próxima á San Juan de Acre.)

Bonaparte era un mago excelente, pero no tenia poder suficiente para transformar al general Bon, muerto en Tolemaida, en Raul, señor de Coucy, que al espirar al pié de los muros de esta ciudad escribía á Mad. de Fayel; *muerto por amar lealmente á su amiga.*

Napoleon hubiera hecho muy mal en despreciar la canción de los *Canteors*, cuando se complacia en San Juan de Acre en muchas otras fábulas. En los últimos días de su vida, bajo un cielo que no vemos, se entretuvo en divulgar lo que meditaba en Siria, si es que no ha inventado el proyecto despues de pasados los hechos, y no ha construido con un pasado verdadero el porvenir fabuloso que queria hacer creer. «Dueño de Tolemaida, nos dicen las revelaciones de Santa Elena, Napoleon fundaba un imperio en el Oriente, y la Francia quedaba para otros destinos. Marcharía á Damasco y á Alepo sobre el Eúfrates. Los cristianos de Siria y aun los de Armenia le hubieran auxiliado. Los pueblos iban á cambiar de faz. Los restos de los mamelucos, los árabes del desierto de Africa, los drusos del Líbano y los mutualis ó mahometanos oprimidos de la secta de Alí se unirían al ejército que era dueño de Siria, y la conmoción se comunicaría á toda la Arabia. Las provincias del imperio otomano, que hablan el árabe, desearían un cambio entero en su modo de ser, y recibirían con los brazos abiertos al hijo de la guerra; él podría hallarse sobre el Eúfrates á mediados del verano con cien mil soldados auxiliares, y una reserva de veinte y cinco mil franceses que hubiera hecho venir sucesivamente de Egipto. Hubiera llegado á Constantinopla y á las Indias, y cambiado la faz del mundo.»

Antes de retirarse de San Juan de Acre, el ejército francés habia tocado en Tiro: abandonada de las flotas de Salomon y de las falanjes del Macedonio, Tiro no conserva mas que la soledad imperturbable de Isaías: soledad en que los perros mudos se abstienen de ladrar.

El sitio de San Juan de Acre fue levantado el 20 de mayo de 1799. Bonaparte, habiendo llegado á Jaffa, se vió obligado á continuar su retirada. Tenia en su ejército treinta ó cuarenta personas atacadas de la peste, número que Napoleon redujo á siete, que no podían ser transportados; no queriendo abandonarlos, por temor, según decia, de dejarlos expuestos á la crueldad de los turcos, propuso á Desgenettes que les administrase una gran dosis de opio. Desgenettes le dió esta tan conocida respuesta: «Mi misión es la de curar á los hombres, y no la de matarlos.» «No se les administró opio, dice Mr. Thiers, y este hecho sirvió para propagar una calumnia indigna y destruida hoy día.»

¿Es esto una calumnia? ¿Se halla destruida por ventura? Esto es lo que no podría yo afirmar tan perentoriamente como lo hace el brillante historiador; su raciocinio equivale á decir: «Bonaparte no envenenó á los individuos atacados de la peste, supuesto que propuso envenenarlos.»

Desgenettes, nacido de una pobre familia de nobles normandos, es aun un objeto de veneración para los árabes de la Siria, y Wilson dice que su nombre debería estar escrito en caracteres de oro.

Burienne ocupa diez páginas en sostener el envenenamiento contra los que lo niegan. «No podré decir

que les vi administrar el opio, dice, porque mentiría; pero lo que si puedo asegurar es que se tomó esta determinación, y que se tomó despues de un exámen detenido; que la orden fue dada, y que los enfermos murieron. ¿Por ventura, una cosa de que se ocupó todo el cuartel general al siguiente día de la salida de Jaffa, como de un hecho positivo; una cosa de que hablamos todos como de una lamentable desgracia, sería una indigna calumnia, inventada para atacar la reputación de un héroe?»

Napoleon no abandonó jamás ninguna de sus faltas; como un tierno padre, prefiere entre sus hijos á aquel que es mas desgraciado. El ejército francés fue menos indulgente que los historiadores apologistas; creyó en la ejecución del envenenamiento, no solo perpetrado en un puñado de enfermos, sino en muchos centenares de hombres. Roberto Wilson, en su *Historia de la expedición de los ingleses en Egipto*, presentó el primero su acusación; afirma que esta acusación se hallaba apoyada por la opinión de los oficiales franceses hechos prisioneros por los ingleses en Siria. Bonaparte desmintió á Wilson, quien contestó que habia dicho la verdad. Este Wilson es el mismo mayor general que fue comisario de la Gran-Bretaña en el ejército ruso durante la retirada de Moscou, quien tuvo la felicidad de contribuir despues á la evasión de Mr. de Lavalette. Levantó un cuerpo de ejército contra la legitimidad durante la guerra de España de 1823; defendió á Bilbao, y envió á Mr. de Villele, su cuñado, Mr. Desbassins, con la obligación de esperar en el puerto. Las palabras de Wilson tienen un gran peso bajo muchos aspectos. La mayor parte de las historias de aquella época están conformes en el hecho del envenenamiento: el baron de Las Casas confiesa que era una cosa creída por el ejército. Bonaparte, que se hizo mas sincero en su cautividad, ha dicho á Mr. Warnen y al doctor O'Meara que si él se hubiera hallado en el caso en que se encontraban los tales enfermos, hubiera buscado por sí en el opio el olvido de sus desgracias, y que hubiera hecho administrar el veneno á su propio hijo. Walter Scott reúne todo lo que se ha dicho sobre esto; pero impugna que fuesen muchos los enfermos, diciendo que el envenenamiento no hubiera podido ejecutarse con buen éxito en muchas personas; añade que sir Sidney encontró en el hospital de Jaffa los siete franceses citados por Napoleon. Walter Scott guarda la mayor imparcialidad: defiende á Napoleon, como hubiera defendido á Alejandro contra las acusaciones con que se pudiera empañar su memoria.

Esta es realmente la vez primera que hablo de Walter Scott como historiador de Napoleon, y no será la última: debo aquí decir que se han equivocado grandemente los que acusan al ilustre escocés de prevención contra un grande hombre. La vida de Napoleon (*Life of Napoleon*) tiene nada menos que once tomos. No ha tenido la aceptación que debia esperarse, porque, excepto en dos ó tres ocasiones, la imaginación del autor de tantas obras brillantes le ha abandonado: se le ve deslumbrado por los sucesos fabulosos que refiere, y como abrumado con las maravillas de aquella gloria. La vida entera carece tambien de esos grandes puntos de vista que los ingleses presentan rara vez en la historia, porque no comprenden la historia como nosotros. Por lo demás, esta vida es exacta, salvando algunos errores de cronología: toda la parte que trata de la detención de Napoleon en Santa Elena es excelente: los ingleses se hallaban en mejor posición que nosotros para conocer esta parte. Al narrar aquella época de su vida tan prodigiosa, el novelista se halla vencido por la verdad. La razón domina en el trabajo de Walter Scott, y se halla siempre en guardia contra sí mismo. La rectitud de sus juicios es tal, que degenera en apología. El historiador lleva su condescendencia hasta el punto de

admitir las excusas sofisticas de Napoleon, que no son admisibles. Es evidente que los que hablan de la obra de Walter Scott como de un libro escrito bajo la influencia de las ideas de nacionalidad inglesa y de un interés privado, no la han leído nunca: en Francia no se lee. Lejos de exagerar lo que pudiera dañar á Napoleon, el autor teme la lucha contra la opinión: sus concesiones son innumerables, y capitula en todos los puntos: si aventura un juicio definitivo, le reforma en seguida por medio de consideraciones que cree deber á la imparcialidad; no se atreve á habérselas con su héroe, ni á mirarle cara á cara. A pesar de esta especie de pusilanimidad ante la infatuación popular, Walter Scott ha perdido el mérito de sus condescendencias por haber emitido esta sencilla verdad en su prólogo: «Si el sistema general de Napoleon, dice, ha estado basado sobre la violencia y el fraude, no es la grandeza de sus talentos ni el éxito de sus empresas lo que debe acallar la voz ó deslumbrar los ojos del que se aventura á presentarse como su historiador.» *If the general system of Napoleon, has rested upon force or fraud it is neither the greatness of his talents, nor the success of his undertakings, that ought to stifle the voice or dazzle the eyes of him who adventures to be historian.*

La retirada hecha bajo el sol de Siria fue acompañada de desgracias que recuerdan las miserias de nuestros soldados en la retirada de Moscou en medio de las nieblas: «Había, dice Miot, aun en las borrascas y en las orillas del mar algunos desgraciados que esperaban que los sacasen de allí. Entre ellos se contaba un soldado atacado de la peste, y que en el delirio que acompaña á veces á la agonía creyó sin duda, viendo partir á las tropas á tambor batiente, que iban á dejarlo abandonado; su imaginación le hizo entrever la extensión de su desgracia si caía en manos de los árabes. Debe suponerse que este temor fue el que le puso en tal agitación, que le sugirió la idea de seguir á las tropas; tomó su mochila, que le servía de almohada, y colocándola en sus espaldas, hizo un terrible esfuerzo, y se levantó. El virus de la cruel epidemia que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y á los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. Esta caída aumentó su espanto, y despues de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que marchaban delante de él, se levantó segunda vez, pero no fue mas feliz que la primera; á la tercera tentativa sucumbió, y cayendo á la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le habia señalado para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desorden que reinaba en sus palabras incoherentes, su rostro que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo mas espantoso que puede presentar la muerte. Con los ojos fijos en las tropas que iban marchando, no se le habia ocurrido la idea de volver la cabeza hácia otro lado; hubiera visto entonces la división de Kleber y la de caballería, que salieron de Tentocera despues que las otras, y la esperanza de salvarse hubiera tal vez conservado su vida.»

Quando nuestros soldados, acostumbrados ya á estas escenas, veían á alguno de sus desgraciados compañeros, que les seguía con el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo á caer para siempre, solían decir: «Se ha acuartelado.»

Daré fin á este cuadro con una página de Burienne:

«Una sed devoradora, dicen las *Memorias*; la falta total del agua, un calor excesivo, una marcha fatigosa en aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron á los hombres, é hicieron suceder á los sentimientos generosos el mas cruel egoísmo, y la indiferencia mas afictiva. Yo mismo he visto arrojar de

las camillas á los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que además habian entregado su dinero á los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo: he visto dejar abandonados en los campos á los operados, á los heridos, á los atacados de la peste, ó que se sospechaba que lo estaban. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados á incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que hallaban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían orden de presidir á aquellos desastres parecia que al esparcir la desolación por todas partes deseaban vengar los reveses y hallar un alivio á su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, decían con una voz moribunda: «Yo no estoy apestado, estoy únicamente herido: y para convencer á sus compañeros, se les veía volver á abrirse sus heridas ó hacerse otras nuevas. Pero nadie los creía, y pasaban diciendo: «Es cosa perdida. El sol, en todo su esplendor en aquel hermoso cielo, hallábase oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar estaba á nuestra derecha; á la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que dejábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA Á EGIPTO.—CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO.

«Partió, llegó y disipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De este modo cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo; en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix habia acabado de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se ven las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto, dice el autor de la *Historia Universal*, templos y palacios casi enteros en el Saide, en que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parece que no se han conservado mas que para eclipsar la gloria de los mas grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que á uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende á la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel prodigioso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han visto allí era sorprendente. Hay un salon que parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y altas en proporción, intermedias de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que tanto sufren el poder del tiempo, se presentan aun en aquel admirable edificio con toda su viveza: ¡de tal manera sabia el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad á todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre las partes mas desconocidas del mundo, ¿no sería un objeto digno de la mas noble curiosidad el descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se encontrarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, desesperando de poder igualar á los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Napoleon se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba á Luis XIV. «Thebas, dice Mr. Denon, que seguía á Desaix en su expedición;

ese ciudad tradicional que la imaginación no entrevé sino al través de la oscuridad de los siglos, era todavía un fantasma tan gigantesco, que á su vista se detuvo el ejército y prorumpió en gritos de admiración. En medio del complaciente entusiasmo de los soldados, hallé rodillas que me levantarán en alto y cuerpos que me dieran sombra... Llegados á las cataratas del Nilo, nuestros soldados, sin dejar de combatir contra los beys, y fatigados como estaban, se ocuparon en poner talleres de sastre, de platería, tiendas de barberos y de otras clases. Bajo una calle de árboles levantaron una columna militar, con la siguiente inscripción: *Camino de Paris...* Volviendo á bajar el Nilo, el ejército tuvo muchos encuentros con los habitantes de la Meca: incendiábanse los puestos de los árabes, que, faltos de agua, apagaban el fuego con los piés, con las manos y con todo su cuerpo.—Negros y desnudos, continúa Mr. Denon, veíalos correr al través de las llamas; aquella era la imagen de los diablos en el infierno. No los podía mirar sin experimentar un sentimiento invencible de horror y de admiración. Había momentos de silencio en los que se dejaba oír una voz, que era contestada por himnos sagrados y por los gritos de guerra.»

Los árabes cantaban y bailaban como los soldados y los frailes españoles en el incendio de Zaragoza. Los rusos prendieron fuego á Moscou: la especie de sublimada demencia que agitaba á Napoleon la transmitía él á sus víctimas.

BATALLA DE ABUKIR.—ESQUELAS Y CARTAS DE NAPOLEON.
—SU VUELTA Á FRANCIA.—EL 18 BRUMARIO.

De vuelta al Cairo, escribía Napoleon al general Dugna: «Ciudadano general: hareis cortar la cabeza á Abdalla-Aga, antiguo gobernador de Jaffa. Segun lo que me han dicho los habitantes de Siria, es un monstruo, de cuya presencia es preciso librar á la tierra... Mandareis fusilar á los llamados Hassan, Jousset, Ibrahim-Saleh, Mahamet, Bekir, Hadj-Soleh, Mustafá, Mahamed y á todos los mamelucos.» Bonaparte dió muchas órdenes por el estilo contra los egipcios, que *hablaron mal de los franceses*: tal era el aprecio que hacia de las leyes. El mismo derecho de guerra, ¿permitia, por ventura, sacrificar tantas víctimas, por la simple orden de un jefe: *hareis fusilar?* Al mismo tiempo escribía al sultan de Darfour: «Deseo que me envíes dos mil esclavos varones que tengan mas de diez y seis años.» Bonaparte gustaba de esclavos.

Desembarcó en Aboukir una flota otomana de cien velas, y conducía un ejército: Murat, apoyado por el general Lannes, la arrojó al mar, y Bonaparte dió parte al directorio de aquella nueva victoria: la ribera cuyas aguas han arrastrado en el año pasado cadáveres de ingleses y franceses, está hoy cubierta con los de nuestros enemigos. No puede uno menos de fatigarse al andar sobre estos montones de victorias, lo mismo que al pisar las arenas abrasadoras de aquellos desiertos.

La siguiente esquela de Bonaparte no puede menos de afectar los ánimos de una manera bien triste: «Estoy poco satisfecho, ciudadano general, de vuestras operaciones en esta ocasion. Habeis recibido órdenes para marchar al Cairo, y no lo habeis hecho. Cualquiera que sean los sucesos que sobrevengan, no deben impedir nunca á un militar obediente, y el talento de la guerra consiste en separar los obstáculos que hacen difícil una operacion, y no en abandonarla. Tened presente lo que os digo para el porvenir.»

Ingrato anticipadamente, dirige esta áspera reprobacion á Desaix, que al frente de sus valientes tropas en el Alto Egipto daba tantas muestras de humanidad como de valor, marchando al paso de su caballo, hablando de ruinas, echando de menos su patria, salvando á las mujeres y á los niños, amado de los pue-

blos, que le llamaban el *Sultan Justo*; en fin, á esa Desaix, que fue muerto despues en Marengo, en la carga en que el primer cónsul se hizo dueño de Europa. El carácter del hombre se presenta en esta esquela de Napoleon: «Orgullo y envidia; preséntese ya al hombre que no puede soportar las reputaciones del que, árbitro de los destinos, se le concedió la palabra que detiene y subyuga; pero sin este carácter dominante hubiera podido Bonaparte hacer que todo cediese ante él?»

Próximo á abandonar la tierra antigua en que el hombre exclamaba al expirar:—«¡Poderes que dispensais la vida á los humanos, recibidme y concededme un lugar entre los dioses inmortales!» Bonaparte no piensa nunca en otra cosa que en su porvenir en la tierra; hace advertir de su marcha por el Mar Rojo á los gobernadores de la isla de Francia y de la isla de Borbon; envia sus saluciones al sultan de Marruecos y al bey de Trípoli: les da parte de sus buenos oficios para con las caravanas y los peregrinos de la Meca; Napoleon procura al mismo tiempo hacer desistir al gran visir de la invasion proyectada por la Puerta, asegurando que se halla tan dispuesto á venderlo todo como á entrar en negociaciones.

Hay una cosa que haria poco honor á nuestro carácter, si nuestra imaginación y nuestro amor por la novedad no fuesen mas culpables de ella que nuestra equidad nacional; los franceses se extasian en la expedicion de Egipto, y no reparan en que es tan contrario á la justicia como al derecho político: en completa paz con la mas antigua aliada de Francia, no dudamos en atacarla, la ocupamos su fértil provincia del Nilo sin declaracion alguna de guerra, como argelinos que en una de sus invasiones se hubieran apoderado de Marsella y de la Provenza. Cuando la Puerta se prepara para su defensa legítima, muy envanecidos con nuestro golpe de mano, la preguntamos qué es lo que piensa hacer, asegurándole que hemos tomado las armas únicamente por su bien y para libertarla de los bandidos mamelucos que tenían prisionero á su bajá. Bonaparte envia á decir al gran visir: «¿Cómo no conoceis que cada francés que muere es un apoyo menos para la Puerta? En cuanto á mí, puedo aseguráros que será el dia mas feliz de mi vida aquel en que pueda contribuir á la terminacion de una guerra á la vez *impolítica y sin objeto*.» Bonaparte trataba de marcharse: ¡la guerra entonces era *impolítica y sin objeto*! La antigua monarquía fue por lo demás tan culpable como la república: los archivos de negocios extranjeros conservan muchos planes de colonias francesas en Egipto. El mismo Leibnitz habia aconsejado establecer la colonia egipcia á Luis XIV. Los ingleses no dan valor sino á la política positiva, á la de los intereses: la fidelidad de los tratados y los escrúpulos morales son para ellos puerilidades.

Llegó por fin la hora; Bonaparte, detenido en las fronteras orientales del Asia, va á empuñar el cetro de la Europa, para buscar despues por el Norte, y por un nuevo camino, las puertas de Himalaya y las grandezas de Cachemyra. Su última carta, dirigida á Kleber, fechada en Alejandría el 22 de agosto de 1799, es un modelo de raciocinio, de experiencia y de autoridad. El final de ella tiene un fondo de sentimiento que penetra en el corazón.

«Adjunta vereis, ciudadano general, una orden para tomar el mando en jefe del ejército. El temor de que los navios ingleses aparezcan de un momento á otro me hace adelantarse dos ó tres dias mi viaje.»

«Llevo conmigo á los generales Berthier, Andriossi, Murat, Lannes y Marmont, y á los ciudadanos Monge y Berthollet.»

«Tambien os envío los papeles ingleses y de Francfort hasta el 10 de junio. En ellos vereis que hemos perdido la Italia, y que Mantua, Turin y Tortona se

hallan bloqueadas. Tengo motivos para creer que la primera resistirá hasta fines de noviembre, y tengo esperanza, si la fortuna me ayuda, de llegar á Europa antes del mes de octubre.»

Siguen las instrucciones particulares:

«Sabeis apreciar tambien como yo lo que importa á la Francia la posesion del Egipto. El imperio turco, que amenaza ruina por todas partes se hunde, y el abandonar á Egipto seria una desgracia, tanto mayor, cuanto que veriamos pasar esta hermosa provincia á otras manos europeas.»

«Las noticias de las victorias ó de las derrotas que recibe la república deben entrar tambien en vuestros cálculos.»

«Conoceis, ciudadano general, mi modo de pensar sobre la política interior de Egipto: cualquier cosa que hagais, siempre los cristianos serán vuestros amigos. Es menester impedir que se hagan demasiado insolentes, para que los turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo de odio que tienen contra ellos, cosa que los haria nuestros enemigos irreconciliables.»

«Habia yo mandado pedir muchas veces una compañía de cómicos, y ahora yo mismo me encargaré de enviároslos. Este ramo es muy importante para el ejército y para empezar á cambiar las costumbres del pais.»

«El puesto importante que vais á ocupar os va á poner en estado de desplegar el talento que os ha concedido la naturaleza. Todo cuanto aquí pase será objeto de un gran interés, y sus resultados inmensos para el comercio y la civilizacion; esta será la época de que datarán las grandes revoluciones.»

«Acostumbrado á ver la recompensa de las aflicciones y trabajos de la vida en la opinion de la posteridad, abandono el Egipto con el mayor sentimiento. El interés de la patria, su gloria, la obediencia, los extraordinarios sucesos que acaban de tener lugar, son los que únicamente me deciden á ir á Europa, pasando por medio de las escuadras enemigas. Con el alma y la vida me quedaria con vos. Vuestros triunfos serán para mí tan gratos como aquellos en que he tomado parte, y miraré como mal empleados los dias de mi vida en que no haga alguna cosa en favor del ejército cuyo mando os confio, y para asegurar el magnífico edificio cuyos cimientos acaban de levantarse.»

«El ejército que os confio está compuesto de mis hijos; en todas ocasiones, y aun en medio de los mayores trabajos, me han dado muestra de su adhesion. Haced de modo que conserven siempre los mismos sentimientos, puesto que es una cosa que debeis al aprecio y la singular amistad que tengo para con vos, y al cariño que les profeso.»

»BONAPARTE.»

«En ninguna ocasion ha encontrado el guerrero palabras semejantes á estas! Aquí se ve á Napoleon que acaba; el emperador que le ha de suceder causará sin duda mas asombro, pero mas odio tambien. Su voz no tendrá el acento de la juventud: el tiempo, el despotismo, la embriaguez de la prosperidad la alterarán.»

Digno de compasion hubiera sido Bonaparte si hubiese sido obligado en virtud de la antigua ley egipcia á tener abrazados tres dias á los hijos que habia muerto. Habia imaginado para los soldados que dejaba expuestos á los ardores del sol las mismas distracciones que el capitán Parry empleó despues para sus marineros en las heladas noches del Polo. Envia el testamento del Egipto á su valiente sucesor, que ha de ser muy pronto asesinado, y se escapa furtivamente como

César, que se salvó á nado en el puerto de Alejandría; esa reina que el poeta llamaba un *fatal prodigio*, Cleopatra, no le esperaba; iba á la cita secreta que le habia dado el destino, que es otro poder intiel. Despues de haberse internado en Oriente, manantial de maravillas, vuelve á nosotros sin haber llegado á Jerusalem, asi como tampoco entró nunca en Roma. El judío que gritaba, «desgracia, desgracia!» circuló alrededor de la ciudad santa sin penetrar en sus eternos monumentos. Un poeta, huyendo de Alejandría, sube el último sobre la fragata aventurera. Impregnado de los milagros de Judea y de los recuerdos de la tumba en las pirámides, Bonaparte cruza los mares, sin cuidarse de sus navios ni de sus abismos; todo era vadeable para aquel gigante, acontecimientos y mares.

Napoleon toma la direccion que yo he seguido; sigue la costa de Africa con viento contrario, y al cabo de veinte dias dobla el cabo de Bon; llega á las costas de Cerdeña, y se ve obligado á detenerse en Ajaccio; dirige sus miradas á los lugares de su nacimiento, recibe algun dinero del cardenal Fesch, vuelve á embarcarse, y descubre una flota inglesa, que no le persigue. El 8 de octubre entra en la rada de Frejus, no lejos de aquel golfo de San Juan en que se habia de presentar terrible por la postrera vez.

Salta en tierra, parte, llega á Lyon, toma el camino del Bourdonnais, y entra en Paris el 16 de octubre. Todo parecia dispuesto contra él: Barras, Sieyès, Bernadotte, Moreau, y todos estos enemigos, le sirven como por milagro. Fracasa la conspiracion; el gobierno se traslada á Saint-Cloud. Bonaparte quiere hablar ante el Consejo de los Ancianos; se turba, balbucea las palabras de hermanos de armas, de volcan, de victoria y de César; le tratan de Cromwell, de tirano y de hipócrita; quiere acusar, y es acusado; se dice asistido del dios de la guerra y del dios de la fortuna, y se retira exclamando:—«El que me ame, que me siga.» Se pide su formacion de causa: Luciano, presidente del Consejo de los Quinientos, deja el sitio de la presidencia para no poner á Napoleon fuera de la ley. Saca su espada, y jura atravesar con ella á su hermano si atentase alguna vez contra la libertad. Háblase de fusilar al soldado desertor, al infractor de las leyes sanitarias, al portador de la peste, y le coronan. Murat hace saltar á los representantes por las ventanas: pasa el 18 brumario, nace el gobierno consular, y la libertad muere.

Obrase entonces en el mundo un cambio absoluto: el hombre del siglo pasado desaparece de la escena, y entra en ella el hombre del siglo nuevo; Washington es el final de sus prodigios, cede el puesto á Bonaparte, que empieza los suyos. El 9 de noviembre el presidente de los Estados-Unidos cierra el año de 1799; el primer cónsul de la república francesa abre el año de 1800.

Un gran destino empieza, un gran destino acaba.

(CORNEILLE.)

Durante estos importantes acontecimientos, escribí yo la parte de mis *Memorias* que habeis visto, así como un texto moderno profanando antiguos manuscritos. Referia yo mis miserias y mi oscuridad de Londres, al mismo tiempo que se obraban las grandezas y elevacion de Napoleon: el ruido de sus pasos se unia al silencio de los míos en mis solitarios paseos; su nombre me perseguia hasta en el recinto en que se hallaban la indigencia de mis compañeros de infortunio y las alegres privaciones, ó como si se hubiera dicho en nuestro antiguo lenguaje: las *hilaridades* de la miseria de Pelletier. Napoleon tenia mi edad: salidos ambos del seno del ejército, habia él ganado cien batallas cuando yo languidecia aun á la sombra de la emigracion, que fue el pedestal de su fortuna. Habiéndome quedado tan atrás, ¿podia tener esperan-

zas de alcanzarle? Y sin embargo, cuando dictaba leyes á los monarcas; cuando los arrollaba con sus ejércitos y hacia saltar su sangre bajo sus piés; cuando con la bandera en la mano pasaba los puentes de Arcol y de Lody; cuando triunfaba en las Pirámides, no hubiera yo dado por todas sus victorias una sola de aquellas horas olvidadas que pasaba en Inglaterra en una pequeña ciudad desconocida. ¡Oh magia de la juventud!

SEGUNDA COALICION.—POSICION DE LA FRANCIA Á LA VUELTA DE BONAPARTE DE LAS CAMPAÑAS DE EGIPTO.

Salió yo de Inglaterra algunos meses despues que Napoleón salió de Egipto y volvimos á Francia casi al mismo tiempo, él de Menfis, y yo de Londres. Habíase él apoderado de ciudades y de reinos; sus manos estaban cargadas de reales despojos; yo no había aun tenido mas que ilusiones.

¿Qué había pasado en Europa durante la ausencia de Napoleón?

Había empezado de nuevo la guerra de Italia, en el reino de Nápoles, y en los Estados de Cerdeña; Roma y Nápoles fueron momentáneamente ocupadas; Pio VI había sido hecho prisionero y conducido á Francia, donde había de morir: se concluyó un tratado de alianza entre los gabinetes de San Petersburgo y de Londres.

Segunda coalicion continental contra Francia. El 8 de abril de 1799 fue atropellado el congreso de Rastadt y asesinados los plenipotenciarios franceses. Habiendo Souwaroff llegado á Italia, derrotó á los franceses en Cassano. Ríndese al general ruso la ciudadela de Milan. Uno de nuestros ejércitos, obligado á desocupar á Nápoles, se sostiene con gran trabajo á las órdenes del general Macdonald. Massena defiende la Suiza.

Mantua sucumbe despues de un bloqueo de setenta y dos dias, y un sitio de veinte. El 15 de octubre de 1799, el general Joubert, muerto en Novi, deja el campo libre á Bonaparte: estaba destinado á representar el papel de este último. ¡Desgraciado el que detenía una fortuna fatal! ¡Veinte mil ingleses bajan al Heldec, aunque inútilmente; su flota en gran parte se ve bloqueada por los hielos; nuestra caballería carga sobre los navíos, y se apodera de ellos. Diez y ocho mil rusos, número á que habían reducido el ejército de Souwaroff los combates y las fatigas, habiendo pasado el San Gothardo el 24 de setiembre, penetraron en el valle de la Reuss. Massena salva la Francia con la batalla de Zurich. Souwaroff vuelve á entrar en Alemania, acusa á los austriacos, y se retira á Polonia. Tal era el estado de la Francia cuando Bonaparte vuelve á aparecer en ella, derriba el directorio y establece el consulado.

Antes de proseguir en la narracion de los hechos, recordaré una cosa de que todos deben estar convencidos. Yo no me ocupo de una vida particular de Bonaparte, sino que reñero en compendio sus acciones. Pinto las batallas, pero no las describo: los detalles de estas batallas se hallan bastante reproducidos, y se les encuentra en todas partes, desde Pommereul, que dió á luz las *Campañas de Italia*, hasta nuestros generales críticos y censores de los combates en que se hallaron: hasta los tácticos extranjeros, ingleses, rusos, alemanes, italianos y españoles. Los boletines públicos de Napoleón, y sus comunicaciones secretas, forman el hilo bien poco seguro de estas narraciones. Los trabajos del teniente general Jomini suministran los mas seguros datos para su inteligencia: el autor es tanto mas digno de crédito, cuanto que ha dado pruebas de sus estudios en su *Tratado de la táctica sublime* y en su *Tratado de las grandes operaciones militares*. Admirador de Napoleón hasta hacerse injusto, unido al estado mayor del mariscal Ney, nos ha dejado la historia crítica y militar de las campañas

de la revolucion: él vió con sus propios ojos la guerra de Alemania, de Prusia, de Polonia y de Rusia, hasta la toma de Smolensk; tomó parte en Sajonia en los combates de 1813; de allí pasó á los aliados, fue condenado á muerte por un consejo de guerra de Bonaparte, y nombrado en el mismo momento ayudante de campo del emperador Alejandro. Atacado por el general Sarracin en su *Historia de la guerra de Rusia y de Alemania*, Jomini contestó á sus acusaciones. Jomini ha tenido á su disposicion los documentos depositados en el ministerio de la Guerra y en los demás archivos del reino: él contempló la marcha retrógrada de nuestros ejércitos despues de haberles ayudado á avanzar. La narracion está llena de lucidez y comentada con algunas reflexiones tan oportunas como juiciosas. Mil veces se han copiado páginas suyas enteras sin decirlo; pero yo no tengo vocacion de copiante, y no ambiciono el nombre de un César desconocido, al que no ha faltado mas que un casco para someter de nuevo el mundo. Si hubiera pretendido ayudar la memoria de los veteranos, maniobrando sobre las cartas geográficas, corriendo por los campos de batalla, cubiertos de abundantes cosechas, presentando documentos sobre documentos, y amontonando descripciones sobre descripciones, que son siempre las mismas, y hubiera acumulado volúmenes sobre volúmenes, me habría creado una reputacion de capacidad á riesgo de enterrar bajo mis obras á mí mismo, á mi lector y á mi héroe. No siendo mas que un soldado insignificante, me humillo ante la ciencia de los Vegetios: no he querido tomar por público oficiales á medio sueldo; el último cabo sabe mas que yo en la materia.

CONSULADO.—SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA.—VICTORIA DE MARENGO.—VICTORIA DE HOELINDEN.—PAZ DE LUNEVILLE.

Para asegurarse en el puesto que había ocupado, tenía necesidad Napoleón de sobrepujarse á sí mismo.

El 25 y el 30 de abril de 1800, los franceses atraviesan el Rhin, mandados por Moreau. El ejército austriaco, derrotado cuatro veces en ocho dias, retrocede por un lado hasta el Voralberg y por el otro hasta Ulm. Bonaparte pasa el gran San Bernardo el 16 de mayo, y el 20 el pequeño San Bernardo, el Simplon, el San Gothardo, el monte Cenis y el monte Genevre, son escalados y tomados; penetramos en Italia por tres puntos, tenidos por inexpugnables, cuevas de osos, rocas de las águilas. El ejército se apodera de Milan el 2 de junio, y la república Cisalpina se reorganiza; pero Génova se ve precisada á rendirse despues de un memorable sitio sostenido por Massena.

La ocupacion de Pavía y el feliz suceso de Mentebello preceden á la victoria de Marengo.

Esta victoria empieza por una derrota. Los cuerpos mandados por Lanés y por Víctor, ya mal parados, cesan de combatir y abandonan el terreno; la batalla se renueva con cuatro mil hombres de infantería conducidos por Desaix, y apoyados por la brigada de caballería de Kellermann. Desaix fue muerto. Una carga dada por Kellermann decide el éxito de la jornada, que completará la estupidez del general Melas.

Desaix, noble de Aubernia, subteniente en el regimiento de Bretaña, ayudante de campo del general Victor de Broglie, mandó en 1796 una division del ejército de Moreau y pasó á Oriente con Bonaparte. Tenía un carácter desinteresado, sencillo y afable.

Cuando el tratado de El-Arisch, le volvió la libertad y fue detenido por lord Keit en el lazareto de Liorna. «Cuando se apagaban las luces, dice Miot, su compañero de viaje, nuestro general nos hacía contar historias de ladrones y de aparecidos, participando de nuestras diversiones, y mediaba en nuestras disputas; amaba mucho á las mujeres, y no hubiera querido

merecer su amor sino por su amor á la gloria.» Al desembarcar en Europa recibió una carta del primer cónsul, llamándole á su lado: esta carta le enterneció, y Desaix decía:—«Este buen Bonaparte se ve cubierto de gloria, y no es feliz.» Leyendo en los periódicos la marcha del ejército de reserva, exclamaba:—«¡No nos dejará nada que hacer!» Restábase aun alcanzar una victoria y morir.

Desaix fue enterrado sobre la cima de los Alpes en el convento del Monte de San Bernardo, lo mismo que Napoleón sobre el oscuro suelo de Santa Elena.

Kleber, asesinado, halló la muerte en Egipto, lo mismo que Desaix la encontró en Italia. Despues de la salida del general en jefe, Kleber, con once mil hombres, derrotó á cien mil turcos á las órdenes del gran visir, en Heliópolis, hazaña con la que no se puede comparar ninguna de las de Napoleón.

El 16 de junio se hizo el convenio de Alejandría. Los austriacos se retiraron sobre la orilla izquierda del bajo Po. La suerte de Italia se decide en la campaña llamada de los treinta dias.

El triunfo de Hochstedt, obtenido por Moreau, fue grato á la sombra de Luis XIV. Sin embargo, el armisticio entre Alemania é Italia, concluido despues de la batalla de Marengo, fue denunciado el 20 de octubre de 1800.

El 3 de diciembre nos trajo la victoria de Hohenlinden, en medio de una tempestad de nieve; victoria debida tambien á Moreau, gran general, sobre el que dominaba otro gran genio. El compatriota de Duguesclin marchaba sobre Viena. A veinte y cinco leguas de esta capital arregla la suspension de armas de Steyer con el archiduque Carlos. Despues de la batalla de Pozzolo, del paso del Mincio, del Adige y de la Brenta, el 9 de febrere de 1801 se concluye el tratado de paz de Luneville.

Y aun no hacía nueve meses que Napoleón se hallaba á orillas del Nilo! Nueve meses le habían bastado para ahogar la revolucion popular en Francia y para derrocar las monarquías absolutas en Europa.

No sé positivamente si es en esta época donde se debe colocar una anecdota que se encuentra en todas las memorias de su vida particular, y si la anecdota vale la pena de ser referida; pero no faltan historietas en la vida de César; la vida no es enteramente plana; se sube algunas veces, y se cae muchas mas: Napoleón había recibido en su lecho, en Milan, á una italiana de diez y seis años, tan bella como él día; en medio de la noche la despidió, lo mismo que hubiera hecho arrojar por la ventana un ramo de flores.

En otra ocasion, una de esas flores de la primavera se introdujo en el palacio que habitaba Bonaparte; penetraba en él á las tres de la mañana, hacia su sábado, y acariciaba con sus jóvenes años la cabeza de Leon, mas sufrido entonces.

Lejos de ser amor estos placeres, no tenían la menor influencia sobre el hombre de la muerte; hubiera incendiado á Persépolis, en provecho propio, pero no para complacer á una querida. «Francisco I, dice Tavernes, vé los negocios cuando no tiene mujeres delante; Alejandro veia las mujeres cuando no tenía negocios.»

Las mujeres en general odiaban á Bonaparte como madres; le amaban poco como mujeres, porque él no las amaba; insultábalas sin delicadeza, y no las hacía caso sino un momento. Despues de su caída la sido objeto de algunas pasiones de imaginacion: en estos tiempos el corazón de una mujer es mas bien seducido por la poesia de la desgracia que por la de la fortuna; las ruinas tienen sus flores propias.

A imitacion de la orden de los caballeros de San Luis, fue creada la Legion de Honor: por esta institucion pasa un rayo de luz de la vieja monarquía y se introducen obstáculos en la nueva igualdad. La traslacion de las cenizas de Turena á los Inválidos

hizo apreciar á Napoleón: la expedicion del capitán Baudin llevó su nombre por todo el ámbito del mundo. Todo lo que podía dañar al primer cónsul cede ante él: se salva del complot del 18 vendimiario, y escapa el 3 nevoso de la máquina infernal; Pitt se retira; Paul muere; Alejandro le sucede; aun no se hacía notar Wellington. Pero la India se conmueve para arrebatarnos nuestra conquista del Nilo; el Egipto es atacado por el Mar Rojo, en tanto que el capitán-bajá le aborda por el Mediterráneo. Napoleón agita los imperios; toda la tierra se ocupaba de él.

PAZ DE AMIENS.—ROMPIMIENTO DEL TRATADO.—BONAPARTE ES ELEVADO AL IMPERIO.

Los preliminares de la paz entre Francia é Inglaterra, acordados en Londres 1.º de octubre de 1801, dieron por resultado el tratado de Amiens. El mundo napoleónico no se hallaba fijado aun: sus límites cambiaban con el ascenso ó descenso de las mareas de nuestras victorias.

Por entonces fue cuando el primer cónsul nombró á Toussaint-Louverture gobernador perpetuo de Santo Domingo, y cuando incorporó á la Francia la isla de Elba; pero traídoramente arrebatado de allí, debía Toussaint morir en un castillo del Jura, y Bonaparte se proveyó de una cárcel en Porto-Ferrajo, que pudiera bastar al imperio del mundo para cuando no tuviese en él bastante espacio.

El 6 de mayo de 1802 fue elegido Napoleón cónsul por diez años, y poco despues cónsul perpetuo. Hallóse estrecho en los vastos dominios que le había dejado la paz con Inglaterra, y sin respetos al tratado de Amiens; sin pensar en las nuevas guerras que iba á promover su determinacion, so pretexto de la no evacuacion de Malta, reunió las provincias del Piemonte, á los Estados franceses, y en atencion á las revueltas suscitadas en Suiza se decidió á ocuparla. Inglaterra rompió con la Francia, habiendo tenido lugar este rompimiento del 13 al 30 de mayo de 1803; el 22 de mayo apareció el inaudito decreto que mandaba poner presos á todos los ingleses que comerciaban ó que viajaban por Francia.

Bonaparte invadió el electorado de Hannover el día 3 de junio, al mismo tiempo que cerraba yo en Roma los ojos de una mujer ignorada.

El 21 de marzo de 1804 vió la muerte del duque de Enghien, que ya he referido: el mismo día fue decretado el código civil, ó el código Napoleón, para enseñarnos á respetar las leyes.

Cuarenta dias despues de la muerte del duque de Enghien, un miembro del tribunalado, llamado Curée, presentó una proposicion el 30 de abril de 1804 para elevar á Napoleón al poder supremo, sin duda porque había jurado la libertad: jamás amo mas poderoso surgió de la proposicion de un esclavo mas oscuro.

El senado conservador cambia en decreto la proposicion del tribunalado. Bonaparte no imita ni á César ni á Cromwell, y creyéndose mas asegurado con la corona, la acepta. El 18 de mayo es proclamado emperador en Saint-Cloud; en los mismos salones de que arrojó al pueblo, en el sitio en que había sido asesinado Luis III, Enriqueta de Inglaterra envenenada, Mariá Antonieta halagada con algunos pasajeros goces que la condujeron al patíbulo, y de donde Carlos X salió para su último destierro.

Llueven de todas partes felicitaciones. Mirabeau había dicho en el año 1790:—«Damos un nuevo ejemplo de la ciega y voluble inconsideracion que nos ha llevado de edad en edad á todas las crisis que nos han afligido sucesivamente. Parece que nuestros ojos no pueden ser desengañados, y que hemos resuelto ser hasta el fin de los siglos niños, á veces traviesos, pero siempre esclavos.»

El plebiscito de 1.º de diciembre fue presentado

á Napoleon, y el emperador respondió:—«Mis descendientes conservarán por mucho tiempo este trono.» Cuando se miran las ilusiones con que la Providencia rodea el poder, consuélase uno con su corta duración.

IMPERIO.—CONSAGRACION.—REINO DE ITALIA.

El 2 de diciembre de 1804 tuvo lugar la consagración y la coronación del emperador en Nuestra Señora de París. El papa pronunció la siguiente oración: «Dios Todo-poderoso y eterno, que pusisteis á Hazael para gobernar la Siria y á Jehu, rey de Israel, mani-

festándoles vuestras voluntades por medio del profeta Elias; que derramásteis la unción santa de los reyes sobre la cabeza de Saul y de David por el ministerio del profeta Samuel, esparcid por mi mediación los tesoros de vuestras gracias y de vuestras bendiciones sobre vuestro servidor Napoleon, que á pesar de nuestra indignidad consagramos hoy emperador en vuestro nombre.» Pio VII, cuando no era aun mas que obispo de Imola, habia dicho en 1797:—«Si, mis muy queridos hermanos: *siate buoni cristiani e sarete ottimi democratici*. Sed buenos cristianos y sereis muy buenos demócratas. Las virtudes morales forman los buenos demócratas; y los primeros cristianos se hallaban animados por el espíritu de la democracia: Dios favo-



CORONACION DEL EMPERADOR NAPOLEON.

ció los trabajos de Catón, de Utica y de los ilustres republicanos de Roma.» *Quo turbine fertur vita hominum?*

El 18 de marzo de 1805 declaró el emperador al senado que aceptaba la corona de hierro que le habían ido á ofrecer los colegas electores de la república Cisalpina: era á la vez el secreto instigador de aquel sufragio, y el objeto público del mismo. Poco á poco la Italia entera se rigió por sus leyes, y él la unió á su diadema, como en el siglo XVI los gefes guerreros ponían un diamante á guisa de boton en su sombrero.

INVASION DE ALEMANIA.—AUSTERLITZ.—TRATADO DE PAZ DE PRESBURGO.—EL SANHEDRIN.

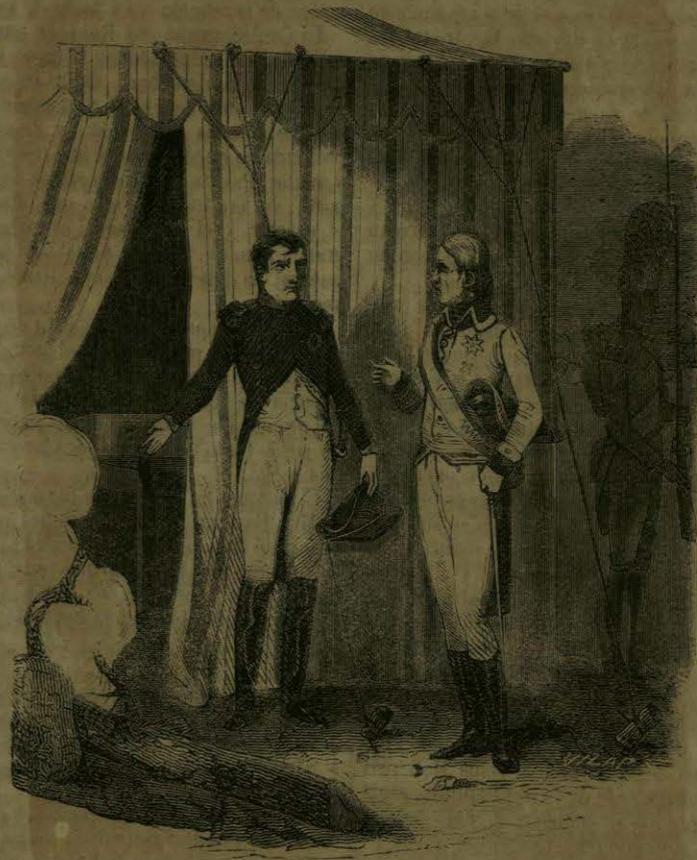
La Europa, maltratada, trató de poner un vendaje sobre su herida: el Austria se adhiere al tratado de Presburgo, concluido entre la Gran-Bretaña y la Rusia. Alejandro y el rey de Prusia tienen una entrevista en Postdam, lo que dió margen á las burlas poco nobles de Napoleon. Formóse la tercera coalición continental. Estas coaliciones nacían sin cesar de la desconfianza y del terror; Napoleon medraba en las tempestades, y no dejó escapar esta.

Lánzase desde las riberas de Boloña, donde organizaba un cuerpo de tropas, y amenazaba á Albion por el mar. Un ejército á las órdenes de Devoust, se transporta como una nube á orillas del Rhin. El 1.º de octubre de 1805, el emperador arenga á sus ciento sesenta mil soldados, y la rapidez de sus operaciones desconcierta al Austria. Combate de Lech; combate de Werthingen; combate de Guntzbourg. El 17 de octubre se presenta Napoleon delante de Ulm. Grita á Mack: ¡*Abajo las armas!* y Mack obedece con sus treinta mil hombres. Munich se rinde. Cruza el Inn; toma á Sakkbourg; paso del Trann. El 13 de noviembre penetra Napoleon en una de esas capitales que

había de visitar una tras otra: cruza por Viena, y encadenado á sus propios triunfos, es arrastrado por ellos hasta el centro de la Moravia, para salir al encuentro de los rusos.

La Bohemia se insurrecciona á su izquierda; revolucionanse los húngaros á su derecha; el archiduque Carlos acude de Italia. La Prusia entra clandestinamente en la coalición, y no habiéndose declarado aun, envia al ministro de negocios Haugswitz, portador de un *ultimatum*.

Llega el 2 de diciembre, y con él la batalla de Austerlitz. Los aliados esperaban un tercer cuerpo de ejército ruso que se hallaba á unas ocho jornadas.



FRANCISCO II EN LA TIENDA DE NAPOLEON.

Kuteszoff sostenia que no se debía arriesgar una batalla: Napoleon por medio de sus maniobras, obliga á los rusos á aceptar el combate, y son derrotados. En menos de dos meses, los franceses, saliendo del mar del Norte y del otro lado de la capital del Austria, derrotan las legiones de Catalina. El enviado de Prusia va á felicitar á Napoleon á su cuartel general:—«Esa es, le dice el vencedor, una felicitación cuya dirección ha cambiado los sucesos.» Francisco II se presenta á su vez en el vivac del soldado afortunado:—«Os recibo, le dice Napoleon, en el palacio que habito hace dos meses.—Sabeis sacar tanto partido de esta habitación, respondió Francisco, que debe sin

duda agradaros.» Soberanos como este no merecían siquiera que se les destronase. Acuérdate un armisticio, y los rusos se retiran en tres columnas, y en la forma que Napoleon habia exigido. Desde la batalla de Austerlitz no hace ya Napoleon nada con acierto.

El 26 de diciembre de 1805 se firma el tratado de Presburgo. Napoleon crea dos reyes: el elector de Baviera y el de Wurtemberg. Las repúblicas formadas por Napoleon son devoradas por él mismo para convertirlas en monarquías, y en contradicción con este sistema, el 27 de diciembre de 1805, en el palacio de Schœnbrunn, declara que la *dinastía de Nápoles habia cesado de reinar*; pero esto era por reemplazarla

con la suya: á su voz, los reyes entraban ó saltaban por las ventanas. Los designios de la providencia iban acordes con los de Napoleón, y se ve marchar al mismo paso á Dios y al hombre. Bonaparte, después de su victoria, manda construir en París el puente de Austerlitz, y el cielo manda á Alejandro que pase por él.

La guerra, comenzada en el Tirol, había proseguido en tanto que continuaba en Moravia. En medio de tantas prosternaciones, cuando se ve á un hombre de pié, se respira: Hofen, el tirolés, no capituló con su señor; pero la magnanimidad no conmovió el corazón de Bonaparte, sino que lo tomaba por necedad ó por locura. El emperador de Austria abandonó á Hofen. Cuando yo crucé el lago de Garde, inmortalizado por Catulo y por Virgilio, me enseñaron el sitio en que fue fusilado el cazador: esto es cuanto he sabido personalmente del valor del súbdito y de la cordia del príncipe.

El 14 de enero de 1806 casó el príncipe Eugenio con la hija del nuevo rey de Baviera. Los tronos fluían por todas partes á la familia de un soldado de Córcega. El 20 de febrero decretó Bonaparte la restauración de la iglesia de Saint-Denis, y consagró los panteones reconstruidos á la sepultura de los príncipes de su estirpe; con todo, Napoleón nunca será enterrado en ellos; el hombre cava su sepultura, y Dios dispone de ella.

Berg y Cleves son devueltas á Murat. José recobra las Dos-Sicilias. Cruza por el cerebro de Napoleón un recuerdo de Carlomagno, y crea la universidad.

La república de Batavia, forzada á amar á los príncipes, envía á pedir á Napoleón el día 5 de junio de 1806 que le conceda por rey á su hermano Luis.

La idea de la asociación de la Batavia á la Francia, por medio de la unión mas ó menos encubierta, provenía únicamente de una codicia ilimitada é injusta: esto era preferir una pequeña provincia á las ventajas que resultarían de la alianza con un gran reino unido, aumentando sin provecho los temores y las envidias de Europa: esto era asegurar á los ingleses en su posición en la India, obligándoles, para su seguridad, á conservar el cabo de Buena-Esperanza, y á Ceylan, punto de que se habían apoderado á nuestra primera invasión en la Holanda. Hallábase preparada la escena del otorgamiento de las Provincias Unidas al príncipe Luis: dióse en el palacio de las Tullerías una segunda representación de Luis XIV, haciendo aparecer en el palacio de Versalles á su nieto Felipe V. El día siguiente hubo un almuerzo de gran etiqueta en el salón de Diana. Uno de los hijos de la reina Hortensia entró en él, y Bonaparte le dijo: «Chiquitín, repítenos la fábula que has aprendido.» El niño empezó así:—*Las ranas pidiendo rey*, y continuó:

«Sin rey vivía, libre, independiente,
el pueblo de las ranas felizmente;
la amable libertad solo renaba
en la inmensa laguna que habitaba.
Mas las ranas al fin un rey quisieron;
á Júpiter excelso lo pidieron, etc.»

Sentado detrás de la nueva soberana de Holanda, el emperador, según una de sus muchas familiaridades, la pellizcaba en las orejas: aunque era de una escogida sociedad, sus modales no eran demasiado escogidos.

El 17 de julio de 1806 se llevó á cabo el tratado de la confederación de los Estados del Rin; catorce príncipes alemanes se separan del imperio y se unen entre sí y con la Francia, tomando Napoleón el título de protector de esta confederación.

El 20 de julio se firma la paz de Francia con la Rusia, y Francisco II, á consecuencia de la Confederación del Rin, renuncia el 6 de agosto á la dignidad de emperador electivo de Alemania, haciéndose empe-

rador hereditario de Austria; el santo imperio romano se desploma, y aquel importante acontecimiento casi fue notado; después de la revolución francesa, todo parecía insignificante; después de la caída del trono de Clovis, apenas se oía el ruido de la caída del trono germánico.

Al empezar nuestra revolución, tenía la Alemania una porción de soberanos. Dos monarquías principales tendían á atraer hacia sí los demás poderes inferiores: el Austria, creada por el tiempo; la Prusia, creada por un hombre. Dos religiones dividían el país y se fundaban sobre las bases del tratado de Westfalia. La Alemania soñaba en la unidad política, pero faltaba á esta potencia, para llegar á la libertad, la educación política, como falta á Italia para el mismo fin la educación militar. La Alemania, con sus rancias tradiciones, asemejábase á esas basílicas de amontonados campanarios que pecan contra las reglas del arte, pero que no por eso dan una idea menos grande de la magestad de la religión y del poder de los siglos.

La Confederación del Rin es una gran obra sin concluir, que exigía mucho tiempo y un conocimiento especial de los derechos y de los intereses de los pueblos; esta obra degeneró al momento en el espíritu del que la había concebido, y de una combinación profunda no quedó mas que una máquina fiscalizadora y militar. Pasada la primera ráfaga del genio de Bonaparte, no era todo ello mas que dinero y soldados, el exactor y el reclutador ocupaban el lugar del grande hombre. Miguel Angel, de la política y de la guerra, ha dejado sus ensayos llenos de grandes proyectos.

Guiado siempre por su espíritu de trastorno, imaginó Napoleón por entonces el gran Sanhedrin; esta asamblea no le adjudicó á Jerusalem; pero de consecuencia en consecuencia ha hecho afluir los fondos del mundo á las cobachas de los judíos, y ha producido por lo tanto un cambio poco favorable en la economía social.

El marqués de Lauderdale fue á París á reemplazar á Mr. Fox en las negociaciones pendientes entre Francia é Inglaterra, negociaciones diplomáticas que no tuvieron mas resultado que aquel dicho del embajador inglés sobre Mr. de Talleyrand:—«Eso es barto (1) cubierto con una funda de seda.»

CUARTA COALICION.—CAMPAÑA DE PRUSIA.—DECRETO DE BERLIN.—GUERRA EN POLONIA CONTRA LA RUSIA.—TILSITT.—PROYECTO DE REPARTICION DEL MUNDO ENTRE NAPOLEON Y ALEJANDRO.—PAZ.

Durante el año 1806 se forma la cuarta coalición. Napoleón sale de Saint-Cloud, llega á Maguncia y se apodera en Saalbourg de los almacenes del enemigo. El príncipe Fernando de Prusia es muerto en Saalfeld. En Auerstaedt y en Jena, el 14 de octubre, desaparece la Prusia con esta doble batalla: yo no pude hallarla á mi vuelta de Jerusalem.

El boletín prusiano lo dice todo en una sola línea: «El ejército real ha sido derrotado. El rey y sus hermanos viven.» El duque de Brunswick sobrevivió poco tiempo á sus heridas; en 1792 su proclamación había conmovido la Francia; el duque me saludó en el camino cuando, pobre soldado, iba á reunirme con los hermanos de Luis XVI.

El príncipe de Orange y Moellendorf, con muchos oficiales generales encerrados en Halle, obtienen el permiso de retirarse en virtud de la capitulación de la plaza.

Moellendorf, de mas de ochenta años de edad, fue el compañero de Federico, quien hace el elogio de él.

(1) Y no ponga aquí la palabra textual, sino otra menos significativa.

en la *Historia de su tiempo*, lo mismo que Mirabeau en sus *Memorias secretas*. Hallóse presente á nuestros desastres de Rosback, y fue testigo de nuestros triunfos de Jena: el duque de Brunswick presentó en Clostercamp el sacrificio de Assas, y vió caer en Auerstaedt á Fernando de Prusia, culpable tan solo del odio generoso contra el asesino del duque de Enghien. Estos cetros de las antiguas guerras de Hannover y de Silesia han participado de las balas de nuestros dos imperios: las sombras impotentes del pasado no podían detener la marcha del porvenir; así es que asomaron y se desvanecieron entre el humo de vuestras antiguas tiendas y el de nuestros modernos vivaques.

Erfurt capitula; Davoust se apodera de Leipsick; fuéranse los pasajes del Elba; Spandan cede, y Bonaparte hace prisionera en Postdam la espada de Federico. El 27 de octubre de 1806 el gran rey de Prusia oye alrededor de sus palacios vacíos de Berlin un ruido de armas que le revela la presencia de granaderos extranjeros: era Napoleón que había llegado. En tanto que el monumento de la filosofía se hundía en las aguas del Spree, visitaba yo en Jerusalem el eterno monumento de la religión.

Stettin y Custrin se rinden; alcánzase en Lubeck una nueva victoria; la capital de la Wagria es tomada por asalto. Blucher, destinado á entrar por dos veces en París, queda prisionero de la Francia. Esta es la historia de Holanda y de sus cuarenta y seis ciudades, tomadas en un viaje hecho por Luis XIV en 1672.

El 27 de noviembre aparece el decreto de Berlin sobre el sistema continental, decreto gigantesco que aisló á la Inglaterra de las demás naciones, y que estuvo para llevarse á cabo: este decreto pareció desatinado, pero era grande. Sin embargo, si el bloqueo continental dió vida por un lado á las manufacturas de la Francia, de Alemania, de la Suiza y de la Italia, por otro extendió el comercio inglés por el resto del mundo: disgustando á los gobiernos de nuestra alianza, insurreccionó los intereses industriales, fomentó los odios, y contribuyó al rompimiento entre el gabinete de las Tullerías y el de San Petersburgo. El bloqueo fue, pues, un acto dudoso, y seguramente Richelieu no lo hubiera emprendido.

La Silesia fue recorrida poco después que los demás Estados de Federico. El 9 de octubre había empezado la guerra entre la Francia y la Prusia: en diez y siete días nuestros soldados, semejantes á una bandada de aves de rapina, ocuparon los desfiladeros de la Franconia, las aguas del Saale y del Elba: el 6 de diciembre los miró al otro lado del Vistula. Murat, desde el 29 de noviembre, se hallaba de guarnición en Varsovia, de donde se habían retirado los rusos, que llegaron demasiado tarde al socorro de los prusianos. El elector de Sajonia, elevado al grado de rey napoleónico, accede á la Confederación del Rin, y se compromete á dar en caso de guerra un contingente de veinte mil hombres.

El invierno de 1807 suspendió las hostilidades entre la Francia y la Rusia; pero estos dos imperios se han abordado, y se observa ya una alteración en los destinos de ambos. Sin embargo, el astro de Bonaparte adquiere aun mas brillo, á pesar de sus aberraciones. El 7 de febrero de 1807 se halla sobre el campo de batalla de Eylau: nos ha quedado uno de los mas bellos cuadros de Gros, que representa aquella espantosa carnicería, y que se halla adornado con la cabeza idealizada de Napoleón. Después de cincuenta y un días de atrincheramientos, Dantzig abre sus puertas al mariscal Lefebvre, que no había cesado de decir á los artilleros durante el sitio:—«Yo nada entiendo, pero abrid un pequeño agujero, y pasaré por él.» El antiguo sargento de la guardia francesa fue nombrado duque de Dantzig.

El 14 de junio de 1807, Friedland costó á los rusos diez y siete mil muertos y heridos, otros tantos pri-

sioneros, y setenta cañones; pero pagamos esta victoria demasiado cara; habíamos cambiado de enemigo, y no se obtenía una victoria sin mucha sangre. Königsberg cayó en poder nuestro, y se firmó un armisticio en Tilsitt.

Napoleón y Alejandro tuvieron una entrevista en su pabellón. Alejandro arrastraba tras sí al rey de Prusia, á quien casi se podía distinguir: la suerte del mundo flotaba sobre el Niemen, donde debía fijarse mas adelante. En Tilsitt se ocupaban de un tratado secreto, compuesto de diez artículos. Con arreglo á este tratado, la Turquía europea debía ser devuelta á la Rusia, así como las conquistas que los ejércitos moscovitas hicieron en el Asia. Por su parte Napoleón se hacia dueño de España y Portugal, reunía á Roma y sus dependencias al reino de Italia, pasaba al Africa, se apoderaba de Túnez y de Argel, ocupaba á Malta, é invadía el Egipto, abriendo el Mediterráneo solamente á las embarcaciones francesas, rusas, españolas é italianas: estas eran las ideas obligadas de la cabeza de Napoleón, y ya se había frustrado un proyecto de invasión de la India concertado entre Napoleón y Pablo I.

Concluyóse un convenio de paz el 7 de julio. Napoleón, que desde un principio se había hecho odioso á la reina de Prusia, no quiso acceder en nada á sus intercesiones. Habitaba esta una pequeña casa abandonada en la orilla derecha del Niemen, y sin embargo, le hicieron por dos veces el honor de invitarla á los festines de los emperadores. La Silesia, injustamente invadida en otro tiempo por Federico, fue devuelta á Prusia; respetábase el derecho de la injusticia; lo que provenía de haberse canonizado la violencia. Una parte del territorio polaco pasó en soberanía á la Sajonia. Dantzig recibió su independencia sin acordarse nada de los hombres muertos en sus calles y en sus fosos: ridiculos é inútiles asesinatos de la guerra! Alejandro reconoció la Confederación del Rin y á los tres hermanos de Napoleón, José, Luis y Gerónimo, como reyes de Nápoles, de Holanda y de Westfalia.

GUERRA DE ESPAÑA.—ERFURT.—APARICION DE WELLINGTON.

La fatalidad con que Bonaparte amenazaba á los reyes amenazábale á él mismo; casi simultáneamente atacaba á Rusia, á España y á Roma, cuyas tres empresas le perdieron. Ya se ha visto en el *Congreso de Verona*, cuya publicación ha precedido á la de estas *Memorias*, la historia de la invasión de España. El tratado de Fontainebleau se firmó el 29 de octubre de 1807. Habiendo llegado Junot á Portugal, declaró, con arreglo al decreto de Bonaparte, que la casa de Braganza *había cesado de reinar*, sin embargo, aun sigue reinando. Hallábase en Lisboa tan bien instruidos de lo que pasaba sobre la tierra, que Juan II no tenía noticia de este decreto sino por medio de un número del *Monitor* que llegó casualmente á sus manos, y ya el ejército francés se hallaba á tres jornadas de la capital de Lusitania. No quedaba á la corte otro recurso que el de huir por los mares que saludaron las velas de Gama y oyeron los cánticos de Camoens.

Al mismo tiempo que Napoleón por su desgracia llegó al Norte de la Rusia, levantóse el velo que encubría el Mediodía, y se vieron nuevas regiones y nuevas escenas: el sol de Andalucía, las palmeras del Guadalquivir, que nuestros granaderos saludaron presentando las armas. Viéronse sobre la arena los combates de los toros, los guerrilleros desnudos sobre las montañas, y los frailes orando dentro de los claustros.

El espíritu de la guerra cambió con la invasión de España; Napoleón se halló en contacto con Inglaterra, su genio funesto, y le enseñó el arte de la guerra: Inglaterra destruyó la flota de Napoleón en Aboukir, le